

EL ASESINO VAMPIRO

Russ Vorpapel era una leyenda en el FBI. Medía 1,93 metros, pesaba 119 kilos, había sido detective de homicidios en Milwaukee, tenía una licenciatura en derecho y era experto en crímenes sexuales y desactivación de bombas. Como coordinador de la Unidad de Ciencias de la Conducta (UCC) del FBI en Sacramento, viajaba a lo largo y ancho de la Costa Oeste impartiendo clases sobre crímenes sexuales en los departamentos de policía local. Gozaba de gran credibilidad para hacerlo, ya que los policías y sheriffs apreciaban sus amplios conocimientos.

La noche del lunes 23 de enero de 1978 aquella confianza que Vorpapel suscitaba entre las policías locales hizo que recibiera una llamada desde una pequeña comisaría al norte de Sacramento. Se había cometido un horrible asesinato en el que lo que se le había hecho a la víctima superaba con creces lo normal. Tras terminar el trabajo, sobre las seis de la tarde de aquel 23 de enero, el conductor de furgoneta de lavandería David Wallin, de veinticuatro años, había regresado a la modesta casa que tenía alquilada en los suburbios y halló a su mujer Terry, de veintidós años y embarazada de tres meses, muerta en el dormitorio, con el abdomen acuchillado. Corrió gritando a casa de un vecino, quien llamó a la policía. Wallin estaba tan alterado que, cuando las autoridades llegaron, no pudo decirles nada. El primer agente en entrar, un ayudante del sheriff, se quedó igualmente horrorizado. Más tarde diría que la carnicería que vio le causó pesadillas durante meses.

En cuanto la policía llegó a la escena del crimen, llamaron a Russ y éste, a su vez, me llamó a la Academia del FBI en

Quantico. Aunque la noticia del asesinato me trastornó bastante, también despertó en mí un gran interés: parecía que el caso iba a permitir el uso de las técnicas del perfil psicológico para atrapar a un asesino que acababa de iniciar su carrera homicida. La mayor parte de los casos que llegaban a la UCC eran antiguos. El de Sacramento, en cambio, era de lo más reciente.

Los periódicos del día siguiente informaron de que, al parecer, Terry Wallin había sido atacada en el salón de su casa cuando se disponía a sacar la basura. Había señales de pelea que iban desde la puerta de entrada hasta el dormitorio, y se encontraron dos casquillos de bala. La mujer fallecida vestía una sudadera y unos pantalones; le habían arrancado la sudadera, el sujetador y los pantalones, y la habían acuchillado en el abdomen. Los agentes presentes en la escena del crimen explicaron a los periodistas que no podían determinar el motivo del crimen y que se había descartado el móvil del robo porque no había desaparecido ningún objeto.

De hecho, las circunstancias eran mucho peores, pero Russ me comentó que no se habían revelado al público para que no cundiera el pánico. Muchos creen que los policías son personas duras y crueles a quienes les gusta restregar la basura en la cara de los contribuyentes para que sepan a qué tienen que enfrentarse todos los días. No sucedió así en este caso, pues algunos detalles no se difundieron con tal de ahorrarle al público la angustia y el miedo innecesarios.

Había también otra razón para no contarle todo: se querían mantener ocultos determinados datos que sólo el asesino podía conocer, datos que más adelante podrían resultar útiles durante el interrogatorio de un sospechoso. Lo que el público no llegó a saber fue lo siguiente: la herida principal era un corte que iba desde el tórax hasta el ombligo, del que sobresalían trozos del intestino, y se habían extirpado varios órganos internos. Algunas partes del cuerpo habían desaparecido. Había heridas punzantes en el pecho izquierdo de la víctima, y parecía que el asesino había removido el cuchillo dentro de las heridas. La víctima

tenía heces animales dentro de la boca. Al parecer, el asesino había extraído y bebido sangre de la víctima.

La policía local estaba horrorizada y desorientada. Russ Vorpapel también estaba alarmado porque, gracias a sus conocimientos sobre homicidios sexuales, tenía claro –al igual que yo– que había que actuar deprisa, ya que existía un gran peligro de que el asesino de Terry Wallin actuara de nuevo. El alto nivel de violencia, reflejado en la terrorífica escena del crimen, no dejaba lugar a dudas. Un asesino como aquél no iba a conformarse con un solo asesinato. Podría seguirle toda una cadena de asesinatos. Estaba previsto que yo viajara a la Costa Oeste el lunes siguiente para impartir una de nuestras clases itinerantes y lo dispusimos todo para que pudiera llegar el viernes anterior (pero con el mismo coste para el contribuyente) y ayudar a Russ a analizar aquel crimen. Sería la primera vez que yo elaborara un perfil in situ y estaba ilusionado. Sin embargo, Russ y yo estábamos tan convencidos de que el asesino volvería a matar que no aguardamos a que yo llegara, sino que empezamos a escribirnos por teletipo, y elaboré un perfil preliminar del probable agresor. Por aquel entonces, la confección de perfiles criminales era una ciencia (o arte) relativamente joven, una forma de deducir la descripción de un delincuente desconocido basándose en la evaluación de pequeños detalles de la escena del crimen, la víctima y otros indicios.

Éstas son las notas originales (y no gramaticalmente correctas del todo) que redacté para trazar el perfil preliminar del probable autor de aquel horrendo crimen:

Varón blanco, entre veinticinco y veintisiete años; delgado, de aspecto desnutrido. Su casa estará muy descuidada y desordenada y conservará pruebas del crimen. Historial de enfermedad mental, consumo de drogas. Individuo solitario que no se relaciona con hombres ni con mujeres, probablemente pasa mucho tiempo en casa, vive solo. Desempleado. Puede que perciba algún subsidio por discapacidad. Si convive con alguien, será con sus padres; sin embargo, es poco probable. Sin antecedentes militares; no ha terminado el ba-

chillerato o los estudios universitarios. Probablemente sufre de una o varias formas de psicosis paranoide.

Tenía muchas razones para elaborar una descripción tan detallada del probable autor. Aunque las técnicas para componer un perfil todavía estaban en mantillas, habíamos revisado suficientes casos de asesinato como para saber que los homicidios sexuales –y éste encajaba en tal categoría, aunque no hubiera indicios de que se hubiera cometido un acto sexual en la escena del crimen– normalmente son cosa de hombres y suelen ser intrarraciales, es decir, blancos contra blancos o negros contra negros. La mayoría de los asesinos sexuales son varones blancos de entre veinte y treinta y nueve años; este simple hecho nos permite eliminar grandes segmentos de población en una primera evaluación de la identidad del autor. Al tratarse de una zona residencial blanca, la certeza de que el asesino era un varón blanco era aún mayor.

Después, siguiendo la línea divisoria que empezábamos a formular en la UCC, conjeturé entre, por un lado, los asesinos que muestran cierta lógica en sus actos y, por otro, los asesinos cuyos procesos mentales, siguiendo las pautas normales, no son aparentemente lógicos. En otras palabras, criminales «organizados» frente a «desorganizados». Cuando vi las fotografías de la escena del crimen y los informes policiales, tuve claro que el crimen no lo había cometido un asesino «organizado» que acechaba a sus víctimas, perpetraba sus crímenes metódicamente y se esforzaba por no dejar pistas sobre su identidad. No, sin duda la escena del crimen indicaba que se trataba de un asesino «desorganizado», alguien con un trastorno mental grave y totalmente desarrollado. Nadie enloquece como el hombre que destrozó el cuerpo de Terry Wallin de un día para otro; son necesarios entre ocho y diez años para desarrollar una psicosis tan profunda como la que se expresó en este asesinato aparentemente sin sentido. La esquizofrenia paranoide suele manifestarse por primera vez en la adolescencia. Si suponemos, pues, que la enfermedad se inició a los quince años y añadimos diez más, el asesino pro-

bablemente tenía alrededor de veinticinco años. No pensé que fuera mucho mayor por dos razones: en primer lugar, la mayor parte de los asesinos sexuales tienen menos de treinta y cinco años; en segundo lugar, si ya tuviera alrededor de treinta años su enfermedad habría estado tan avanzada que ya habría cometido una serie de asesinatos extraños y no resueltos. No se había informado de nada tan salvaje en ninguna localidad cercana y la ausencia de otros homicidios destacables apuntaba a que el asesinato de Terry Wallin era el primero cometido por un individuo que probablemente no había terminado con ninguna vida humana antes. El resto de los detalles sobre su aspecto físico eran la consecuencia lógica de mi conjetura de que se trataba de un esquizofrénico paranoide y de mis estudios de psicología.

Pensaba, por ejemplo, que el asesino sería delgado. Me basé para ello en los estudios del doctor Ernest Kretchmer en Alemania y el doctor William Sheldon en la Universidad de Columbia, quienes estudiaron los biotipos. Ambos sostenían que había una estrecha correlación entre la constitución física y el temperamento. Según Kretchmer, los hombres de constitución delgada (los asténicos) tendían hacia las formas introvertidas de esquizofrenia; las categorías de Sheldon eran similares y pensé que, siguiendo su clasificación, el asesino sería ectomorfo. Los psicólogos actuales no comparten las teorías sobre biotipos y somatotipos —tienen más de cincuenta años—, pero mi experiencia me indica que la mayoría de las veces resultan ser correctas, al menos cuando se pretende sugerir el tipo de constitución probable de un asesino en serie psicopático.

Ésas fueron mis razones para pensar que el asesino tenía que ser un tipo delgado, si no escuálido. Era pura lógica. Los esquizofrénicos introvertidos no comen adecuadamente, descuidan la nutrición y se saltan comidas. Tampoco prestan demasiada atención a su aspecto ni a su aseo. Nadie querría vivir con una persona así, por lo que el asesino tenía que ser forzosamente soltero. Este razonamiento también me permitía postular que su vivienda estaría hecha un desastre y que no había estado en el Ejército, ya que nunca habrían aceptado a un individuo tan tras-

tornado como recluta. Del mismo modo, no habría sido capaz de terminar sus estudios universitarios, aunque sí podía haber acabado el bachillerato antes de desmoronarse. Era un individuo introvertido con problemas que se remontaban a la pubertad. Su empleo, si es que lo tenía, sería de baja cualificación, quizá conserje o barrendero; era demasiado introvertido incluso para desempeñar tareas de repartidor. Lo más probable era que fuera un tipo solitario que vivía de un subsidio por discapacidad.

No incluí todas mis opiniones en el perfil, pero sí creí que, si el asesino tenía coche, el vehículo también estaría sucio, lleno de envases de comida rápida acumulados en la parte de atrás, con la carrocería oxidada y un aspecto parecido a lo que yo esperaba encontrar en su domicilio. También supuse que probablemente vivía en la misma zona que la víctima, pues su trastorno debía de imposibilitarle para desplazarse en coche, cometer un crimen tan horrendo y luego regresar a casa con éxito. Muy probablemente se había desplazado andando. Conjeturé que había salido de una institución psiquiátrica recientemente, acaso no más de un año, y que su conducta violenta era el resultado de una larga escalada.

Russ distribuyó este perfil entre varias comisarías de la zona y los agentes empezaron a recorrer las calles en busca de sospechosos. Varias docenas de policías fueron de puerta en puerta, hablaron con la gente por teléfono, etc. Los medios de comunicación dedicaron mucha atención al caso y se centraron en dos cuestiones: ¿quién había matado a aquella mujer?, y –todavía más incomprensible– ¿por qué?

A lo largo de las siguientes cuarenta y ocho horas salieron a la luz más detalles del crimen. Sacramento es la capital de California; Terry Wallin había sido funcionaria y tenía el día libre. Aquella mañana de lunes había hecho efectivo un talón en un centro comercial muy cercano a su domicilio y se especulaba con que el asesino la hubiera observado y seguido a casa. La madre de Terry había telefonado a la una y media del mediodía pero su hija no le había contestado; la oficina del forense estableció que Terry había sido asesinada antes de aquella hora, y

también opinaba que algunas de las heridas punzantes le habían sido infligidas antes de su muerte, pero este dato no fue revelado al público. A través de los medios de comunicación, los investigadores encargados del caso hicieron correr la noticia de que el asesino probablemente se había manchado la ropa de sangre y pidieron que, si alguien había visto a un hombre vestido con una camisa ensangrentada, llamara a un número de teléfono especial.

El jueves siguiente, la zona norte de Sacramento amaneció sacudida por la noticia de que se habían cometido nuevos asesinatos espeluznantes. Alrededor de las doce y media de la noche, un vecino descubrió tres cuerpos en una casa situada a poco más de un kilómetro de distancia de la de los Wallin. Los fallecidos eran Evelyn Miroth, de treinta y seis años, su hijo Jason, de seis, y Daniel J. Meredith, un amigo de la familia, de cincuenta y dos años. Además, el sobrino de Evelyn, Michael Ferreira, de veintidós meses, había desaparecido, supuestamente secuestrado por el asesino. Todos habían sido asesinados con arma de fuego y a Evelyn Miroth la habían acuchillado de un modo similar a Terry Wallin. Al parecer, el asesino había utilizado la ranchera roja de Meredith para escapar, vehículo que fue encontrado abandonado cerca de la escena del crimen. Una vez más, no había motivo aparente para el asesinato. Se informó de que la casa no había sido saqueada. Evelyn Miroth era una madre divorciada con tres hijos: uno vivía con su ex marido y otro estaba en la escuela cuando tuvo lugar la matanza.

Los periódicos publicaban una cita del *sheriff* Duane Low en la que indicaba que los asesinatos eran «los más extraños, grotescos y sin sentido que he visto en veintiocho años de servicio» y que le habían «perturbado profundamente». Evelyn Miroth había trabajado de niñera en el vecindario y muchos de los niños y sus madres la conocían bien; otros niños habían ido a la escuela con su hijo de seis años. Nadie podía imaginar por qué alguien habría querido matarlos. Una vecina que había mantenido una relación cordial con la difunta dijo a un periodista que tenía ganas de llorar, «pero también tengo miedo. Ha sido muy, muy cerca». Los vecinos veían las noticias locales en la televisión

para intentar conocer todos los detalles posibles y formaban grupos en la calle para hablar sobre lo sucedido. La niebla de la noche, la presencia de coches patrulla y ambulancias y la noticia de que se habían cometido nuevos asesinatos generaron una sensación de inquietud en muchas personas. Aunque la prensa hablaba de disparos, nadie aseguraba haber oído nada.

La gente tenía miedo. La policía intentaba evitar la histeria entre la población, pero se habían filtrado datos suficientes como para que todo el mundo cerrara la puerta con doble llave y bajara las persianas; algunos incluso cargaban sus coches, rancheras o furgonetas y se marchaban.

Russ Vorpapel me llamó nada más enterarse de los hechos. Estábamos alarmados, por supuesto, pero, como profesionales, teníamos que dejar de lado nuestro horror, descifrar el rompecabezas y, además, hacerlo de inmediato. Desde el punto de vista de quien tiene que analizar la escena de un crimen, el segundo grupo de asesinatos proporcionaba importantes y novedosos datos y confirmaba lo que ya creíamos saber sobre el culpable. En este segundo crimen –al igual que en el anterior, la policía no difundió estos datos al principio– el varón y el chico habían muerto a causa de los disparos pero no habían sufrido abusos sexuales. Las llaves del coche de Meredith y su cartera habían desaparecido. En cambio, Evelyn Miroth había sufrido un ataque aún peor que el de la primera víctima. Fue encontrada desnuda en el borde de una cama, con un disparo en la cabeza y dos cortes abdominales en forma de aspa por donde sobresalían sus intestinos. Sus órganos internos habían sido seccionados y su cuerpo presentaba múltiples heridas producidas con un arma punzante, incluidos cortes en la cara y en la región anal. Una muestra indicó la presencia de una cantidad considerable de espermatozoides en el ano. En el parque infantil en el que normalmente se quedaba el bebé cuando iba de visita se encontraron una almohada empapada de sangre y una bala. La bañera contenía agua teñida de rojo, tejido cerebral y heces. Era como si alguien hubiera bebido sangre allí. Otro dato importante era que la ranchera robada fue encontrada cerca, con la puerta abierta y las llaves puestas. No había

rastros del bebé, pero la cantidad de sangre hallada en el parque infantil hacía sospechar a la policía que ya no estaba vivo.

Utilizando esta información y teniendo en cuenta que era un asunto urgente porque con toda seguridad el asesino volvería a matar y, además, lo haría pronto, ajusté el perfil que había elaborado hacía sólo un par de días. El vínculo sexual entre los crímenes había quedado aclarado. El número de víctimas en una sola escena de crimen aumentaba. Había una escalada en la violencia. Yo estaba casi absolutamente convencido de que el asesino era un varón joven, con una grave enfermedad mental, que había acudido a la escena del crimen caminando, y luego se había marchado de la misma forma del lugar en el que había dejado el coche. El perfil revisado, basado en estas convicciones, revelaba que el sospechoso era un «soltero que vive a una distancia de entre setecientos metros y un kilómetro y medio de la ranchara abandonada». En mi opinión, el asesino estaba tan trastornado que no pensaba siquiera en ocultar su rastro y probablemente había aparcado el coche justo al lado de su propio domicilio. También resalté que tendría un aspecto descuidado y desgredado y que su vivienda estaría desordenada.

Le dije a Russ que, antes de empezar a matar, probablemente había cometido robos fetichistas en la zona y que, una vez detenido el culpable, podríamos remontar sus crímenes y problemas hasta su infancia. Un robo fetichista es un acto en el que los objetos sustraídos o usados son prendas femeninas en vez de joyas u otros objetos de valor comercializables; muchas veces, el ladrón roba los objetos con el fin de usarlos para su autoestimulación sexual.

Con este nuevo perfil en la mano, más de sesenta y cinco agentes de policía salieron a la calle, concentrándose en todo lo que había en un radio de setecientos metros alrededor del coche abandonado. Fue una increíble *caza del hombre*. Se preguntó a la gente en los pisos, en las casas y en la calle si habían visto a un hombre relativamente joven, delgado y que pareciera muy descuidado. La búsqueda se restringió todavía más cuando la policía fue informada de que habían disparado y destripado a

un perro en un club de campo cerca del lugar donde había aparecido el coche abandonado.

La policía halló a dos personas que creían haber visto a alguien conduciendo el coche por la zona, pero, incluso bajo hipnosis, sólo pudieron recordar que el conductor era un varón blanco. La pista más prometedora la aportó una mujer de unos veintiocho o veintinueve años que se había encontrado con un hombre joven, un antiguo compañero de estudios de secundaria, en un centro comercial cerca del lugar del primer asesinato, una o dos horas antes de los hechos. Se había quedado consternada ante el aspecto del chico –desmelenado, delgado como un cadáver, con una sudadera ensangrentada, costuras amarillentas alrededor de la boca, ojos hundidos–, y cuando él intentó entablar una conversación con ella y tiró de la manecilla de la puerta de su coche, arrancó el motor y se alejó. Cuando la policía avisó a la población de la zona para que informara acerca de la presencia de un hombre vestido con una camisa manchada de sangre, contactó con las autoridades y dijo que el sujeto se llamaba Richard Trenton Chase y que se había graduado en la misma escuela secundaria que ella en 1968.

Para entonces ya era sábado. La policía averiguó que Richard Trenton Chase vivía a menos de una manzana del coche abandonado, un kilómetro y medio al norte del club de campo y uno al este del centro comercial. Vigilaron los alrededores de su domicilio y esperaron a que saliera. En ese momento, Chase sólo era uno de entre media docena de posibles sospechosos. No contestó a las llamadas telefónicas, y a última hora de la tarde los agentes decidieron usar una estratagema para intentar que saliera. Sabían que el asesino poseía un revólver del calibre 22 y que no tenía reparos en matar, de modo que obraron con cautela. Un agente de policía fue a ver al administrador de la finca, fingiendo que necesitaba utilizar el teléfono, mientras otro se alejaba andando. Momentos más tarde, Chase apareció en la puerta de entrada de su casa con una caja bajo el brazo y arrancó a correr hacia su furgoneta.

En cuanto echó a correr, los agentes supieron que era el hombre al que buscaban e intentaron atraparlo. Durante el forcejeo, un revólver cayó de la funda sobaquera que llevaba Chase. Cuando ya lo tenían sujeto, intentó ocultar lo que tenía en el bolsillo trasero del pantalón: la cartera de Daniel Meredith. La caja que llevaba contenía trapos ensangrentados. Cerca de su casa estaba aparcada su furgoneta, que tenía una docena de años y se encontraba en malas condiciones, con periódicos viejos, latas de cerveza, cartones de leche y trapos esparcidos en su interior. También había una caja de herramientas cerrada con llave y un cuchillo de carnicero de treinta centímetros, así como unas botas de caucho manchadas con lo que parecía ser sangre. En su domicilio —que estaba de lo más desordenado— se encontraron algunos collares de animales, tres licuadoras con sangre y artículos de periódico sobre el primer asesinato. Había ropa sucia esparcida por toda la casa y algunas prendas ensangrentadas. En el frigorífico guardaba varios platos con trozos de cadáveres y un contenedor lleno de tejido cerebral humano. Un cajón de la cocina contenía varios cuchillos provenientes de la casa de los Wallin. De una de las paredes colgaba un calendario con la palabra «Hoy» escrita bajo las fechas en que se produjeron los asesinatos en casa de los Wallin y los Miroth-Meredith; la misma inscripción aparecía en cuarenta y cuatro fechas más, repartidas por todo el año 1978. ¿Habría llegado a cometer cuarenta y cuatro asesinatos más? Afortunadamente, nunca lo sabremos.

La policía sintió un gran alivio al atrapar al culpable: dadas las pruebas que llevaba encima y las descripciones en las que encajaba, no cabía la menor duda de que Chase era el asesino. Todo el mundo estaba agradecido al FBI y apreciaba la ayuda que había supuesto el perfil elaborado. Algunos incluso afirmarían más tarde que el perfil atrapó al asesino. Eso, por supuesto, no era cierto. Nunca lo es. Los perfiles no atrapan a los asesinos; quienes los atrapan son los policías que trabajan sobre el terreno, muchas veces a fuerza de perseverar tenazmente, con la ayuda de ciudadanos corrientes y, por qué no, con algo de suerte. Mi perfil fue una herramienta de investigación que en este caso

ayudó a acotar en gran medida la búsqueda de un asesino peligroso. ¿Que si mi trabajo ayudó a atrapar a Chase? Desde luego, y estoy muy orgulloso de ello. Pero ¿lo atrapé yo mismo? No.

El hecho de que Chase encajara como un guante en el perfil que yo había elaborado con Russ Vorpapel fue gratificante por dos motivos. Primero, porque ayudó a detener a un asesino violento que, sin lugar a dudas, habría seguido matando. Segundo, porque cuando el asesino encajó en el perfil, aquello proporcionó a la UCC más información sobre el modo de evaluar futuras escenas de crímenes e identificar las señales características que los asesinos dejan tras de sí; resumiendo, nos ayudó a seguir refinando el arte (y sí, utilizo el término «arte» porque aún no se podía calificar de ciencia) de elaborar perfiles.

En los días y meses que siguieron a la detención de Chase seguí muy de cerca toda la información que iba saliendo sobre aquel extraño hombre. Casi enseguida se le vinculó con un asesinato no resuelto que se había cometido en diciembre, no muy lejos de donde tuvieron lugar los otros dos crímenes. Resultó que me había equivocado respecto a Terry Wallin: no era la primera víctima, sino la segunda. El 28 de diciembre de 1977, el señor Ambrose Griffin y su mujer habían vuelto a casa del supermercado y estaban trasladando las compras del coche al interior de su casa. Chase pasó en su furgoneta y disparó dos veces. Una de las balas alcanzó a Griffin en el pecho y le causó la muerte. Las pruebas balísticas del revólver del calibre 22 de Chase después de los dos asesinatos mostraron que la bala que mató a Griffin provenía de la misma arma.

Chase también se ajustaba a la descripción del agresor hasta entonces desconocido que anteriormente había cometido algunos robos fetichistas en la zona, y fue también señalado como el probable secuestrador de un gran número de perros y gatos. En su casa se encontraron varios collares y correas de perros que correspondían a animales desaparecidos en el área. Chase probablemente había sacrificado esos perros y gatos para sus

extraños fines; puede que incluso bebiera su sangre, aunque nunca pudimos constatarlo.

Diversas búsquedas informáticas revelaron que, a mediados de 1977, tuvo lugar un incidente en la zona del Lago Tahoe, cuando un policía indio de una reserva interceptó y detuvo a un hombre con la ropa ensangrentada y en cuyo coche había armas de fuego y un cubo con sangre; era Chase. En aquella ocasión se libró porque la sangre era bovina. Pagó una multa y justificó la presencia de la sangre en su ropa diciendo que había estado cazando conejos.

A medida que los periodistas y el equipo jurídico iban entrevistando a personas que lo habían conocido y conforme iban descubriendo informes sobre Chase, toda su penosa historia salió a la luz. Chase había nacido en 1950 en el seno de una familia de clase media; se le consideraba un hijo dulce y cooperador. A los ocho años mojaba la cama, pero no lo hizo por mucho tiempo. Al parecer, sus verdaderos problemas comenzaron hacia los doce años de edad, cuando sus padres empezaron a pelearse en casa. Su madre acusaba a su padre de serle infiel, de envenenarla y de consumir drogas. Cuando se entrevistó al padre, declaró que su hijo debió de haber escuchado aquellas acusaciones y discusiones. Más tarde, un equipo de psicólogos y psiquiatras entrevistó a la familia y calificaron a la señora Chase como la madre clásica de un esquizofrénico, «altamente agresiva... hostil... provocadora». Las discusiones en el matrimonio continuaron durante casi diez años. Al final se divorciaron y el padre volvió a casarse.

Chase tenía un cociente intelectual casi normal –alrededor de 95– y era, simplemente, un estudiante mediocre en la escuela secundaria, allá a mediados de los años sesenta. Tuvo novias, pero las relaciones siempre se rompían cuando llegaban al punto en que él intentaba practicar el sexo y no lograba mantener una erección. No tuvo amigos íntimos ni relaciones duraderas con nadie más que con su familia. Los psiquiatras y psicólogos que le examinaron más tarde dictaminaron que su deterioro mental empezó a fraguarse en el segundo curso de secundaria, cuando se volvió «rebelde y retador, carecía de ambición y su

cuarto siempre estaba desordenado. Fumaba marihuana y bebía en exceso». Una de sus antiguas amigas íntimas dijo que empezó a frecuentar a un grupo de gente que tomaba LSD. Fue detenido en 1965 por posesión de marihuana y condenado a realizar labores de limpieza en la comunidad.

Cuando se publicó esta información, los periodistas y muchas otras personas interpretaron que Chase había cometido sus asesinatos bajo la influencia de las drogas. Yo no estaba de acuerdo. Aunque las drogas pudieron haber influido en el desarrollo de la grave enfermedad mental que Chase padecía, no tuvieron, en realidad, ningún papel en los asesinatos. De hecho, nuestras investigaciones han demostrado que, aunque las drogas están presentes en muchos casos de asesinatos en serie, raramente son un factor precipitante; las auténticas causas son más profundas y complejas.

Pese a su deterioro, Chase logró terminar los estudios secundarios y en 1969 tuvo un empleo durante varios meses; fue el único trabajo en el que duró más de un par de días. Empezó una carrera universitaria, pero no soportaba el ritmo de trabajo o –según recordaron sus amigos– la presión social de la vida universitaria. En 1972 fue arrestado por conducir ebrio. Aquello pareció causarle una gran impresión porque, como él mismo indicó, no volvió a beber. Sin embargo, siguió cuesta abajo. En 1973 lo detuvieron por la tenencia de una pistola sin permiso de armas y resistencia a la autoridad. Ocurrió a raíz de un incidente en un piso donde algunos jóvenes celebraban una fiesta y Chase intentó tocarle un pecho a una chica. Lo expulsaron de la fiesta y, cuando regresó, los chicos se le echaron encima y lo mantuvieron bajo control hasta que llegó la policía. Mientras lo sujetaban, una pistola del calibre 22 se cayó de su cinturón. Los cargos se redujeron a una falta, pagó una multa de cincuenta dólares y quedó en libertad. Era incapaz de conservar un puesto de trabajo e iba alternando entre la casa de su madre y la de su padre, quienes lo mantenían económicamente.

En 1976, tras intentar inyectarse sangre de conejo en las venas, fue enviado a un centro psiquiátrico. El juez designó a va-

rios tutores para que se encargaran de los asuntos de Chase, aliviando así a los padres de esa responsabilidad; la verdad es que ya entonces resultaba imposible que una sola persona cuidara de Chase. La tutoría también es un modo de que el Estado costee los cuidados de una persona mentalmente trastornada; cualquier familia, excepto las más adineradas, entraría en bancarrota si tuviera que pagar las facturas sin ayuda. Algunas de las enfermeras del centro psiquiátrico dijeron más tarde que Chase «daba miedo». Cazaba pájaros entre los arbustos y les mordía la cabeza, y varias veces lo encontraron con la cara y la camisa ensangrentadas. En su diario describía cómo mataba animales pequeños y el sabor de la sangre. Dos auxiliares dejaron el trabajo por la presencia de Chase en el hospital. El personal empezó a referirse a él como «Drácula».

Todas estas extrañas acciones respondían a una razón, al menos en la mente de Chase; creía que estaba siendo envenenado, que su sangre se estaba convirtiendo en polvo y que necesitaba sangre ajena para reponerla y evitar la muerte. Una noche, los médicos del centro ordenaron a un enfermero que alojara a Chase en una habitación con otro paciente. El enfermero se negó a hacerlo porque, si sucedía algo (lo cual según él era muy posible), podía perder su licencia. Con la medicación se logró controlar y estabilizar a Chase y, en un momento dado, uno de los psiquiatras quiso darle el alta y tratarlo como paciente ambulatorio, y así dejar sitio a pacientes de mayor gravedad. El enfermero recordó: «Cuando nos enteramos de que le iban a soltar todos pusimos el grito en el cielo, pero no sirvió de nada». Un médico independiente al que se consultó más tarde cómo había sido posible que Chase fuera dado de alta, afirmó que probablemente se debió a que «la medicación lo tenía bajo control». (Los familiares de las víctimas demandaron más tarde a los psiquiatras que autorizaron el alta hospitalaria de Chase y reclamaron una considerable indemnización por daños.)

Chase salió en 1977 y quedó, la mayor parte del tiempo, bajo los cuidados de su madre, que le consiguió una casa, la misma en la que finalmente fue detenido. Pasaba algún tiempo con ella

pero solía estar solo. Era paciente ambulatorio y vivía gracias a una pensión por discapacidad, alardeando ante quienes le conocían de que no necesitaba trabajar. Algunas de las facturas de la casa las pagaba su padre, quien también intentaba pasar algún tiempo con su hijo y le llevaba de excursión los fines de semana y le compraba regalos. Los antiguos conocidos que se encontraron con él tras su salida del hospital dijeron que parecía vivir anclado en el pasado, que hablaba de sucesos que tuvieron lugar en la escuela secundaria como si fueran recientes y que no hacía ningún comentario acerca de los últimos ocho o diez años. De lo que sí hablaba era de platillos volantes, ovnis y una mafia del partido nazi que, según él, había estado operando en su escuela secundaria y todavía le perseguía. Cuando su madre le reprendió por el desorden que reinaba en su casa, le prohibió la entrada. Cuando su padre acudió a rescatarle después del incidente cerca del Lago Tahoe, Chase dijo que los policías locales habían malinterpretado un simple accidente de caza.

Aquel incidente tuvo lugar en agosto de 1977. Desde entonces hasta el descubrimiento de su primer asesinato, las acciones de Chase reflejan con tanta claridad su deterioro mental y la consecuente escalada de su conducta violenta que conviene analizarlas detenidamente. En septiembre, después de una discusión con su madre, Chase mató al gato de ésta. En octubre compró en dos ocasiones perros en la perrera por unos quince dólares cada uno. El 20 de octubre robó gasolina para su furgoneta por valor de dos dólares; cuando un agente de policía le interrogó al respecto se mantuvo tranquilo, negó la acusación y el policía le dejó marchar. A mediados de noviembre, respondió a un anuncio en el periódico local que ofrecía cachorros de labrador y regateó hasta conseguir llevarse dos por el precio de uno. Más tarde, en ese mismo mes, robó un perro en la calle; cuando los propietarios pusieron un anuncio en el periódico preguntando si alguien lo había visto, los llamó para atormentarlos. La policía recibió varias denuncias por la desaparición de otros animales en el barrio.

El 7 de diciembre, Chase entró en una armería y compró un revólver del calibre 22. Tenía que rellenar un formulario en el que

se le preguntaba si alguna vez había estado en una institución mental y respondió que no. Tuvo que aguardar hasta el 18 de diciembre para recoger el arma. Mientras tanto, hizo las gestiones necesarias para renovar los papeles de su furgoneta y otras que requerían tener una mente coherente. Recortó artículos de periódicos sobre un estrangulador en Los Ángeles y señaló con un círculo los anuncios en que se ofrecían perros gratis. Su padre le llevó a una tienda para que escogiera un regalo de Navidad y Chase aceptó un anorak amarillo que no se quitó desde entonces.

Tras recoger el revólver en la armería el 18 de diciembre y comprar varias cajas de munición, empezó a disparar. Primero, dirigió un solo disparo contra un muro sin ventana de la casa de una familia apellidada Phares. Un día más tarde disparó una sola vez contra la ventana de la cocina de los Polenske, rozándole la cabeza a la señora Polenske, que estaba inclinada sobre el fregadero. Poco tiempo después, Chase efectuó dos disparos sobre Ambrose Griffin, uno de los cuales lo mató. La casa de los Griffin estaba enfrente de la de los Phares. Los disparos contra la señora Polenske y Ambrose Griffin no fueron aleatorios; análisis posteriores demostraron que, al disparar desde un vehículo en movimiento, era difícil no alcanzar los muchos árboles que rodean la casa de los Griffin y darle al alguien en el pecho. La señora Polenske podía sentirse afortunada de estar viva.

El 5 de enero de 1978, Chase compró un ejemplar del *Sacramento Bee* en el que había un editorial de condena social sobre la muerte de Griffin; lo recortó y se lo guardó. El 10 de enero compró tres cajas más de munición. El 16 de enero prendió fuego a un garaje con el fin de expulsar del barrio a unas personas que le habían molestado poniendo la música alta.

La policía logró reconstruir todos los movimientos de Chase durante el día 23 de enero, el día en que mató a Terry Wallin. Por la mañana, intentó entrar en una casa del barrio pero en la ventana de la cocina se topó con la mujer que vivía allí. Entonces, se sentó en el patio sin moverse durante algún tiempo. La mujer llamó a la policía, pero Chase se marchó antes de que llegaran. Pocos minutos después, un hombre sorprendió a Cha-

se cuando éste había entrado ilegalmente en otra casa. Chase huyó, el hombre lo persiguió por la calle, lo perdió de vista y volvió para evaluar los daños. Chase se había llevado algunos objetos de valor, había defecado en una cama de niño y orinado en algunas prendas guardadas en un cajón (estos últimos comportamientos son característicos de robos fetichistas). Una hora después, Chase estaba en el aparcamiento del centro comercial, donde se encontró con la mujer que le conocía de la escuela secundaria y que desconfió de él.

Chase llevaba la camisa manchada de sangre, tenía costras amarillas alrededor de la boca y era tan diferente del chico que recordaba que la mujer se quedó pasmada. De hecho, no lo reconoció hasta que le preguntó si ella estaba en la moto cuando su antiguo novio, un amigo de Chase, se mató en un accidente. Contestó que no y le preguntó a su vez quién era. Chase dijo su nombre y ella intentó distanciarse, aduciendo que tenía que ir al banco. Se quedó esperándola, la siguió hasta su coche e intentó introducirse por el lado del pasajero; ella puso el seguro y salió a toda prisa. Unos minutos más tarde, Chase cruzó el porche de una casa cercana al centro comercial y, cuando el propietario le gritó que no lo hiciera, respondió que sólo estaba tomando un atajo. Entonces, salió de la propiedad y entró en la casa de al lado, la de Terry Wallin.

A mediados de 1978, había sido encontrado el cuerpo del niño desaparecido, también cerca de la casa de Chase. Éste se había negado a contar mucho en la cárcel. El lugar previsto para el juicio se cambió de Sacramento a Palo Alto y hubo más retrasos. Durante el año siguiente, un psiquiatra logró ganarse la confianza de Chase y conversar con él. En una de sus charlas, en respuesta a la pregunta de si Chase habría seguido matando, obtuvo la siguiente y extraordinaria confesión:

La primera persona a la que maté fue por accidente. Mi coche estaba averiado. Quería irme pero no tenía transmisión. Tenía que conseguir una casa. Mi madre no quería acogerme en Navidades. Antes siempre me acogía en Navidades, cenábamos y yo hablaba

con ella, con mi abuela y con mi hermana. Aquel año no me dejó ir a su casa y disparé desde el coche y maté a alguien. La segunda vez, aquellas personas habían ganado mucho dinero y les tenía envidia. Me estaban vigilando y disparé a una señora –allí conseguí algo de sangre–. Fui a otra casa, entré y había una familia entera. Les disparé a todos. Alguien me vio. Vi a una muchacha. Ella había llamado a la policía y no habían podido localizarme. La novia de Curt Silva... el que se mató en un accidente de moto, lo mismo que un par de amigos míos y tuve la idea de que lo habían matado a través de la mafia, que él estaba en la mafia, vendiendo droga. Su novia recordaba lo de Curt; yo estaba intentando sacar información. Dijo que se había casado con otro y no quiso hablar conmigo. La mafia estaba ganando dinero haciendo que mi madre me envenenara. Sé quiénes son y creo que se puede sacar esto en un juicio si, como espero, logro recomponer las piezas del rompecabezas.

El juicio se inició a principios de 1979 y, el 6 de mayo de aquel año, Iris Yang, periodista del *Sacramento Bee*, publicó una descripción de Chase: «El acusado estaba totalmente apático. Sombrío, pelo castaño lacio, ojos apagados y hundidos, tez cetrina y delgadez extrema, apenas le sobra carne en los huesos. Durante los últimos cuatro meses y medio, Richard Trenton Chase, a sólo unas semanas de su cumpleaños, ha estado sentado encorvado, jugueteando con los papeles que tiene ante él o con la mirada vacía puesta en las luces fluorescentes de la sala».

El juicio se celebró sólo porque la fiscalía se empeñó en pedir la pena de muerte, basándose en una nueva ley estatal recientemente aprobada en California. La defensa quería que Chase fuera considerado mentalmente enfermo e incapaz de someterse a juicio, pero la fiscalía argumentó que había tenido suficiente «astucia y conocimiento» en el momento de cometer los crímenes para ser considerado responsable de sus actos y tener que responder por ellos. Le acusaron de seis asesinatos en primer grado: Terry Wallin, las tres personas en casa de los Miroth, el bebé hallado muerto y Ambrose Griffin. El jurado deliberó apenas un par de horas y le declaró culpable de todos los asesina-

tos. El juez lo mandó al corredor de la muerte de San Quintín a la espera de su ejecución en la silla eléctrica.

Yo no estaba en absoluto de acuerdo con el veredicto ni con la orientación que se había dado al caso. Ocurrió en el mismo período en que el antiguo inspector del ayuntamiento de San Francisco, Dan White, asesinó al alcalde Mosconi y al inspector Harvey Milk. White alegó que se había vuelto loco porque había consumido comida basura, Twinkies en concreto, y su estrategia fue aceptada. Fue recluido en una cárcel estatal sin pena de muerte. Richard Chase, en cambio, quien sin duda padecía una enfermedad mental y debería haber pasado el resto de su vida internado en un centro psiquiátrico, fue condenado a muerte.

John Conway y yo visitamos a Chase en el corredor de la muerte de San Quintín en 1979. Conway, el enlace del FBI con las cárceles de California, era un tipo excepcionalmente afable, apuesto y sutil que poseía el don de conseguir que los prisioneros hablaran con él. Visitar a Chase fue una de las experiencias más extrañas que viví jamás. Desde el momento en que entré en la cárcel hasta que me senté en el cuarto donde lo entrevistáramos, franqueamos una serie de puertas que se cerraban de golpe tras nosotros, una experiencia opresiva y aterradora. Había estado en muchas cárceles, pero aquella me causó una sensación horripilante; me sentía como si estuviera dirigiéndome hacia un punto sin retorno. Conway mostraba mucha más entereza que yo.

Subimos en varios ascensores y el último nos llevó hasta el corredor de la muerte. Escuché ruidos extraños, gemidos y sonidos casi inhumanos provenientes de las celdas. Nos sentamos en un cuarto a esperar a Chase y oímos que sus pasos se acercaban por el pasillo. Los grilletes que llevaba en los tobillos producían un sonido metálico y seco al andar, lo que me hizo pensar enseguida en el fantasma de Marley de los *Cuentos de Navidad* de Dickens. Además de los grilletes, iba esposado y llevaba uno de esos cinturones a los que van sujetas las esposas. A duras penas podía arrastrar los pies.

Su aspecto me sobrecogió. Era un hombre joven, flaco, extraño, con el pelo oscuro y largo, pero lo que realmente me

impactó fueron sus ojos. Nunca los olvidaré. Eran como los ojos del monstruo de la película *Tiburón*. Las pupilas no se distinguían, eran sólo puntos negros. Eran unos ojos malvados que recordé durante mucho tiempo después de la entrevista. Casi tuve la impresión de que no podía verme, que más bien miraba a través de mí. No mostró ninguna señal de agresividad, simplemente se sentó, impasible. Sostenía un vasito de plástico entre las manos, algo de lo que no habló al principio.

Chase ya había sido condenado y se encontraba en el corredor de la muerte, así que no me sentí obligado a empezar con el cortejo habitual que empleaba en la primera entrevista con un asesino. Normalmente, tengo que esforzarme por demostrar al preso que soy digno de su confianza y que puede hablar conmigo. Considerando su estado mental, Chase y yo hablamos con relativa facilidad. Reconoció haber cometido los asesinatos, pero declaró que lo hizo para preservar su vida. Me indicó que estaba preparando una apelación centrada en la idea de que se estaba muriendo y había asesinado a aquellas personas para obtener la sangre que necesitaba para vivir. Lo que ponía en peligro su vida era el «envenenamiento de jabonera».

Cuando le dije que no conocía la naturaleza del envenenamiento de jabonera, me ilustró al respecto. Todo el mundo tiene una jabonera, dijo. Si levantas la pastilla de jabón y la parte de abajo está seca, estás bien. Pero si esa parte está pegajosa, significa que sufres de envenenamiento de jabonera. Le pregunté por los efectos del veneno y me contestó que convierte la sangre en polvo, la pulveriza básicamente; la sangre entonces va consumiendo el cuerpo y su energía y reduce las habilidades de la persona.

Al lector esta explicación tal vez le parezca ridícula o incomprendible. Sin embargo, cuando me vi en aquella situación, tenía que reaccionar correctamente. No podía mostrarme horrorizado o sorprendido y debía tomar su discurso como lo que era: la ilustración del razonamiento de un asesino. La regla que empleamos es no decir nada sobre la fantasía y animar a la persona a seguir hablando. De modo que no podía decir «no existe

tal cosa», porque eso no habría servido de nada. Tampoco podía decir, «oh, sí, conozco a personas que han sufrido envenenamiento de jabonera». Simplemente acepté su explicación sin discutirla.

Apliqué la misma regla cuando empezó a contarme que era judío de nacimiento –sabía que no era verdad– y que los nazis lo habían perseguido a lo largo de toda su vida porque tenía una estrella de David en la frente, que procedió a mostrarme. Podía haber dicho «¡qué gran estupidez!» o bien el otro extremo, «vaya, qué preciosidad, ojalá tuviera yo una igual». Ninguna de las dos respuestas habría ayudado en la conversación. No veía ninguna estrella de David pero pensé que podía tratarse de una trampa o de una prueba para ver hasta qué punto yo estaba dispuesto a creerme su explicación. Quizá me estaba engañando, diciendo que la estrella estaba en su frente cuando en realidad estaba en un brazo o en su pecho, y quería averiguar cuánto sabía yo sobre él. En esa ocasión dije simplemente que no había traído mis gafas, que había poca luz y que no podía ver su marca de nacimiento pero que aceptaba su palabra de que estaba allí. Dijo que los nazis habían estado conectados con los ovnis que sobrevuelan continuamente la tierra y le habían ordenado por telepatía que matara para reponer su sangre. Concluyó su exposición diciéndome: «Así que ya ve, señor Ressler, es obvio que maté en defensa propia».

Quizá la información más relevante que obtuve de la entrevista fue la respuesta que me dio cuando le pregunté cómo había elegido a sus víctimas. Muchos de los anteriores entrevistadores habían sido incapaces de obtener ese dato, pero yo me había ganado la confianza de Chase y él se sintió cómodo al contármelo. Había estado oyendo voces que le decían que matara y fue de casa en casa, probando si la puerta estaba cerrada o no. Si la puerta estaba cerrada, no entraba. Pero si estaba abierta, la cruzaba. Le pregunté por qué no se limitó simplemente a forzar una puerta si quería entrar en una casa en particular. «Oh –dijo–, si una puerta está cerrada, significa que no eres bienvenido.» ¡Qué delgada era la línea entre los que evita-

ron ser víctimas de un crimen horrendo y los que sufrieron una muerte atroz a manos de Chase!

Finalmente, le pregunté por el vasito de plástico que llevaba en la mano. Me dijo que era una prueba de que en la cárcel estaban intentando envenenarle. Dentro había una sustancia amarilla y pegajosa que más tarde identifiqué como los restos de una cena precocinada de macarrones y queso. Quería que lo llevara al laboratorio del FBI en Quantico para que lo analizaran. Era un regalo que no podía rechazar.

La información obtenida en esa entrevista ayudó a la UCC a confirmar el retrato que estábamos elaborando del asesino «desorganizado», que era radicalmente distinto del retrato del asesino «organizado». Chase no se limitaba a encajar en el perfil del asesino desorganizado, sino que podría afirmarse que era su personificación. Nunca he conocido, ni creo que ningún otro policía lo haya hecho, a un tipo que se adecuara mejor a los rasgos definitorios del asesino desorganizado. A este respecto, constituía todo un clásico.

Los otros presos en la cárcel de San Quintín se mofaban de Chase; amenazaban con matarle si lograban acercarse lo suficiente, y le decían que no tendría más remedio que suicidarse. Los psicólogos y psiquiatras de la cárcel que examinaron a Chase en aquella época esperaron a que se calmara el revuelo que se había formado en torno a la pena de muerte y luego sugirieron que, dado que era «psicótico, loco e incompetente de manera crónica», fuera trasladado a la prisión de Vacaville, en California, conocida como las «Instalaciones Médicas de California» del sistema penitenciario, el centro que alberga a los locos criminales. Yo, desde luego, estaba de acuerdo con esa opinión. Para entonces, como Chase creía que el FBI analizaría lo que le daban de comer en la cárcel, también nos escribía a Conway y a mí para decirnos que tenía que desplazarse a Washington, D.C., para trabajar en su apelación. Tenía la convicción de que al FBI le interesaría saber que los ovnis estaban relacionados con los accidentes de aviación y la artillería antiaérea que los iraníes empleaban contra Estados Unidos. «Sería fácil para el FBI detectar los ovnis

por radar –me escribió–, y verían que me siguen y que son estrellas en el cielo nocturno que se encienden por medio de algún tipo de máquina de fusión controlada.»

Fue la última vez que Chase me escribió. Justo después de la Navidad de 1980, lo encontraron muerto en su celda de Vacaville. Había estado guardándose gran cantidad de las pastillas antidepresivas que recibía para mitigar sus alucinaciones y convertirlo en un preso manejable, y se las había tomado todas de una vez. Algunos opinaron que fue un suicidio; otros siguieron creyendo que había sido un accidente, que Richard Trenton Chase había ingerido las pastillas en un intento de acallar las voces que le habían impulsado a matar y que le atormentaron hasta el día de su muerte.